

La tortura; un análisis comparativo entre Jean Amery y Hannah Arendt

Paula Arias Cancio

paulaariasconcio@gmail.com

Resumen

La tortura ha sido objeto de amplios debates a lo largo de la tradición filosófica, especialmente en lo que concierne a su dimensión ética y política. En el presente trabajo se pretende exponer y comparar las propuestas de dos autores, Jean Amery y Hannah Arendt, ambas figuras capitales en este ámbito. El objetivo que se persigue con esto no es establecer sentencias definitivas sino, a través de sus reflexiones entablar un diálogo sobre cuestiones que aparecen en las teorías de ambos (tales la figura del verdugo y la víctima). Lejos de caer en el anacronismo, continúan teniendo una apabullante vigencia en el panorama actual.

Palabras Clave

Tortura, juicio, sujeto moral, responsabilidad, mal, banalidad

Torture; a comparative analysis between Jean Amery and Hannah Arendt. Torture has been the subject of extensive debates throughout the philosophical tradition, especially with regard to its ethical and political dimension. The present essay aims to present and compare the proposals of two authors, Jean Amery and Hannah Arendt, both capital figures in this field. The objective pursued with this is not to establish definitive sentences but, through their reflections, strike up a dialogue on issues that appear in the theories of both (such as the figure of the executioner and the victim) which, far from falling into anachronism, continue to have an overwhelming relevance in the current panorama.

Key Words

Torture, judgment, moral subject, responsibility, evil, banality.

1. Introducción

Cuando se habla de tortura, existe una tendencia a limitar los análisis a las implicaciones que esta tuvo en el entorno –espacial y temporal– más inmediato en el que se dio. No obstante, es necesaria una mirada mucho más amplia, en la que se reflexione crítica y radicalmente sobre cómo las consecuencias de la violencia se mantienen en el tiempo, condicionando de forma clara a las comunidades que la sufren.

Dado que las tesis sobre las que se apoya este artículo pertenecen a autores, Jean Amery y Hannah Arendt, que escriben desde la vivencia de un entorno endémicamente violento–los regímenes totalitarios nazis del siglo XX– es necesario partir de la contextualización de su pensamiento en este período.

Para muchas voces actuales, el siglo XX es conocido como el siglo de la barbarie (siendo el Holocausto la más relevante de todas ellas); y es que este no puede entenderse al margen de las dos guerras mundiales que en él acontecen.

La Primera Guerra Mundial tendrá una influencia trascendental, más si se tiene en cuenta que involucró a un elevado número de países. Así, supone un cambio a nivel epistemológico del conflicto; ya no se ve como un elemento de liberación, sino como como un acto cargado de violencia política y moral. Entre quienes experimentaron este inconmensurable salvajismo, se forma una opinión dividida. Mientras que unos manifestaban un abierto rechazo y temor ante el conflicto, otros desarrollan un sentimiento de superioridad frente a los que habían quedado exentos de participar en el campo de batalla. Será esta última postura la adoptada por los partidos de ultraderecha de posguerra, entre los que se encontraba el de Adolf Hitler: aparece una jerarquía, entre los ganadores y los derrotados, entre los aliados y los enemigos. El objetivo fundamental de la Primera Guerra Mundial era lograr la victoria total, algo de todo punto inabarcable, que acabó por traer consecuencias negativas (como señala la propia Hannah Arendt, la ruptura del sistema de clases y el surgimiento del hombre-masa) tanto al bando de los ganadores como al de los perdedores.

Además, se debe tener en cuenta la tecnificación e industrialización a la que se ve sometido este conflicto; no solo por la implementación de múltiples artefactos tecnocientíficos que ampliaron de forma exponencial la capacidad y el alcance de las

acciones humanas, sino también, y sobre todo, por cómo esto modificó en la visión que se tenía de los combatientes, quienes pasaron a ser piezas prescindibles, intercambiables y el valor de sus vidas se vio fuertemente mermado. Así, la muerte y la tortura se mimetizaron en el estatus quo de la sociedad europea del momento. Los acontecimientos de 1914 supusieron una ruptura del sistema de creencias y valores anterior, algo que será absolutamente fundamental en el periodo de entreguerras y posteriormente durante la 2ª Guerra Mundial. Será en esta franja histórica en la cual se asienten y comiencen a operar los regímenes totalitarios.

Desde la obra de Kant y sus intentos por lograr una fundamentación universal para la ética, se ha leído el juicio ético como una decisión desposeída de cualquier atisbo de subjetividad o especulación. Una decisión que, a su vez, aparece dirigida y guiada por la razón. Sin embargo, el transcurso de los hechos históricos, especialmente los descritos a lo largo del siglo XX, han llevado a cuestionar dicha proposición. Un ejemplo de dichos cuestionamientos son las obras de Jean Amery y Hannah Arendt. En el presente ensayo se pretende trazar, a través de un análisis comparativo entre las ambas visiones, una genealogía de la tortura, así como de sus implicaciones en el pasado y el presente político y ético.

2. Desde la óptica de Jean Amery

2.1. Biografía del autor

Jean Améry fue el seudónimo de Hanns Chaim Mayer, un escritor y filósofo austriaco nacido el 31 de octubre de 1912 en Viena y fallecido el 17 de octubre de 1978 en Salzburgo. Su vida estuvo marcada por los eventos trágicos de la Segunda Guerra Mundial y su experiencia como prisionero en campos de concentración nazis.

Améry, de origen judío, tuvo que huir de Austria en 1938 debido a la persecución nazi. Sin embargo, fue capturado por la Gestapo en 1943 mientras luchaba con la Resistencia en Bélgica y fue deportado a Auschwitz. Sobrevivió a varios campos de concentración, incluidos Buchenwald y Bergen-Belsen, antes de ser liberado en 1945.

Después de la guerra, Améry intentó reconstruir su vida y trabajó como periodista y crítico literario en Alemania y Suiza. Sin embargo, las secuelas físicas y psicológicas de su experiencia en los campos de concentración lo afectaron profundamente. Se

convirtió en un crítico feroz del olvido y la falta de comprensión de la experiencia de los supervivientes del Holocausto.

En 1966, Jean Améry publicó su obra más conocida, *Más allá de la culpa y la expiación*, una serie de ensayos en los que reflexiona sobre su experiencia como víctima del Holocausto y aborda cuestiones filosóficas sobre la responsabilidad, la culpa y la memoria.

A pesar de sus contribuciones significativas a la literatura y la filosofía, Jean Améry luchó contra la depresión y el trauma durante toda su vida. Trágicamente, en 1978, terminó con su vida en Salzburgo, dejando un legado literario que sigue siendo relevante en la discusión sobre la memoria histórica y la responsabilidad moral.

2.2. Un plano subjetivo de la tortura; anulación y perdón

Existen formas tan atroces de sufrimiento capaces de dejar heridas atemporales en aquellos individuos que la sufren que los tradicionales sistemas de justicia han tratado de enmendar o compensar. Heridas que, además, no quedan limitadas a la individualidad concreta del sujeto que las padece, sino que inundan todo aquello que hubiera sido habitado por este; su entorno social más cercano, sus aportaciones laborales, sociales, culturales, etc. Sin embargo, en aquellas circunstancias en que la tortura es tal que ni el lenguaje (al que le faltan palabras que expresen el “cómo” de dicha tortura) ni la memoria (en la que el dolor ha creado brechas irreparables) pueden recogerla, es necesario reivindicar el derecho a que esas heridas se mantengan abiertas, como elemento de reflexión ética y también política. Las víctimas deben tener el derecho a mostrarse vulneradas y vulnerables. El daño ocasionado es tal que no tolera la indiferencia. Únicamente sería posible reconstruirlo si se volviera a ejercer de la misma forma. (Aunque, como en todo, existen grados, cualquier forma de violencia desencadena un deterioro irreparable en la víctima).

A continuación, me propongo exponer dos de los principales puntos que Jean Améry critica de la banalidad del mal de Hannah Arendt.

La deshumanización del torturado

Los supervivientes de la tortura no logran volver a su “vida normal”. Precisamente porque esta se configura a partir de representaciones que logran creer anticipar lo que

va a suceder, en la que los hechos no nos interpelan de forma directa, sino que nos relacionamos con ellos mediante una mera abstracción. Sin embargo, ante la tortura, aquel que va a recibir aparenta saber a priori qué es lo que va a suceder; pero la realidad logra romper siempre esas configuraciones previas, no por una cuestión de magnitud, sino porque los hechos trascienden los límites del pensamiento y se dan en la realidad. Cuando esto sucede, cuando el mal traspasa la barrera de lo imaginario, no es posible hablar de banalidad.

Con el primer golpe el individuo es consciente de su desamparo; la violencia ha invadido el mundo de la imaginación y lo ha sustituido por la realidad. Se es consciente de que el otro, que en circunstancias normales protegería su integridad tanto material como ontológica, es ahora quien las corrompe y es el que tiene la autonomía y voluntad de cómo hacerlo. Se es enajenado de la capacidad de decidir lo que se quiere sentir. En el orden normal del mundo, la violencia se presenta siempre acompañada de la expectativa de auxilio. Cuando esto no sucede, cuando el ser humano no subsiste mediante la cooperación sino mediante la destrucción del otro, se aniquila de forma completa la existencia. En ese estado, el ser humano es reducido a su mera corporalidad; esto favorece en cierta medida una reflexión más calmada; ya no le corresponde cuestionarse todo aquello que estuviera ligado a su condición espiritual (ej. la política), únicamente a aquello que atañe a su materialidad.

El rol y la naturaleza del verdugo

El torturado se da cuenta de que su verdugo no actúa desde una ausencia de juicio, sino que si se torturaba era con un fin concreto. Así, pretendía anular la realidad e imponer su poder a través de la víctima. Su soberanía es tal que es capaz de desterrar a la víctima del mundo y enviarla a la muerte. Sin embargo, no solo eran los que la ejercían de forma directa los que estaban impregnados por el sadismo, sino que era un sistema de forma unitaria el que hizo

del dolor su esencia y definición. De esta forma, cuando el mal no aparece de forma trivial o inintencionada, sino que detrás de él hay una estructura de poder, heterogénea y casi sagrada que lo legitima, articula y defiende de posibles amenazas, la banalidad no está convocada, queda necesariamente omitida. Cuando se crea una narrativa que sustenta e impone la tortura, el mal supera a la banalidad.

El haber sufrido este tipo de dolor dota a la víctima de un asombro y una extrañeza respecto al mundo; primeramente, desde un punto de vista individual, el hecho de haberla sufrido rompe con la “rutina” que antes se tenía de creer que tales males les sucedían siempre a otros. La etiqueta de víctima puesta sobre sí misma resulta extraña. Por otra parte, la imposición del dolor sobre otro y la posibilidad (ya fáctica) de ser reducido a la mera materialidad generan un gran asombro. Así, el mundo ya no es un lugar calmado ni seguro para la víctima; haber experimentado al otro como enemigo le condena a vivir siempre alerta.

3. Desde la óptica arendtiana

3.1. Biografía de la autora

Hannah Arendt fue una filósofa y teórica política alemana de origen judío nacida el 14 de octubre de 1906 en Hannover, y fallecida el 4 de diciembre de 1975 en Nueva York, Estados Unidos. Su obra abarcó una amplia gama de temas, desde la teoría política y la filosofía hasta la reflexión sobre eventos históricos y cuestiones éticas.

Arendt estudió filosofía en la Universidad de Marburgo, donde fue discípula de Martin Heidegger, con quien tuvo una relación complicada, marcada por su colaboración intelectual. Arendt también estudió en la Universidad de Heidelberg y posteriormente en la Universidad de Friburgo.

Durante la década de 1930, Arendt tuvo que huir de la persecución nazi y se refugió en París, donde trabajó en ayuda a refugiados judíos. En 1941, emigró a los Estados Unidos, donde continuó desarrollando su carrera académica y escribiendo sobre política y filosofía.

Hannah Arendt se destacó por sus contribuciones a la teoría política, especialmente a través de obras como *Los orígenes del totalitarismo* (1951), donde analiza los regímenes totalitarios nazi y estalinista. En *La condición humana* (1958), exploró la naturaleza de la acción política y la participación ciudadana en la esfera pública.

Hannah Arendt fue profesora en varias instituciones, incluyendo la Universidad de Chicago y la Universidad de Nueva York. Su legado intelectual abarca la teoría política, la filosofía, la ética y la reflexión sobre la naturaleza humana y la

responsabilidad política. Aunque su obra fue objeto de debates y críticas, sigue siendo influyente en diversas áreas del pensamiento contemporáneo.

3.2. La banalidad del mal: capacidad de juicio y responsabilidad moral en contextos totalitarios

A través del personaje de Eichmann, la autora pretende caracterizar lo que para ella constituye el fenómeno y la naturaleza del mal en el contexto del totalitarismo nazi. Se tiende a presentar a este último y a quienes lo practican como algo demoníaco, que emana de sentimientos tales como la envidia, el resentimiento o la debilidad. Sin embargo, pese a que los hechos cometidos en este caso desbordaban incluso la barrera de lo atroz, al sujeto que los sostenía (el acusado) no podían atribuírsele ninguno de estos rasgos; la única característica resaltante no tenía que ver con causas intrínsecamente malas, sino acaso, con una incapacidad para pensar. Eichmann no presentaba un comportamiento anormal, demoníaco o propio de una persona con algún tipo de problema de salud mental, sino que su actitud se correspondía más bien con una ausencia de pensamiento y capacidad para dirimir lo correcto de su opuesto. En efecto, algunos rasgos que ponían esto de manifiesto eran los siguientes: no presentaba ningún tipo de remordimiento de conciencia por los actos que había cometido, sufría constantes pérdidas de memoria, se desenvolvía mal si se le sacaba de los comportamientos más “estandarizados” (Por ejemplo, frases hechas o estereotipos), empleaba un lenguaje burocrático de forma constante, alejado de cualquier tipo de carga moral, etc.

Esta presentación tan "común" es lo que la autora señala como uno de los principales rasgos de los regímenes totalitarios; llevando la tortura al punto más extremo (que no radical), no solo anulan la capacidad de espontaneidad de las víctimas, que asumen su destino fatal, sino

que lo hace también con los “verdugos”, entre quienes la obediencia y la equidistancia hacia los hechos que eran obligados a cometer era plena. Con esta aniquilación no sólo se les extirpa a los individuos su capacidad de pensamiento, sino que además se socava por completo su libertad. Incluso se considera primordial eliminar antes al “sujeto moral” que al físico. Así, es posible lograr la muerte de la identidad individual sin tener que acabar con el componente físico; basta con aislar a dichos individuos de la realidad para que dejen de existir.

El régimen totalitario persigue “producir” sujetos que sean capaces de mantenerse, pero privados de la capacidad para distinguir el bien o el mal, quedando reducidos a individuos banales. Pretende convertir a las personas en “funcionarios”, en una pieza más de la estructura burocrática que sostiene y permite la supervivencia del sistema. Es a partir de este análisis de donde Hannah Arendt concluye que el mal no tiene raíces, esencia, y que no es un elemento necesario de la condición humana.

Así, el perjuicio causado por crímenes de la envergadura de los cometidos por Eichmann, no se limitan únicamente a un colectivo concreto (en este caso el de los judíos) sino que desbordan y se convierten en atentados contra la humanidad en su conjunto. Para Arendt, esto es problemático no solo por la destrucción tanto física como moral causada por la anulación del juicio y la espontaneidad ya mencionada, sino porque legitima la aparición de un nuevo tipo de criminal; aquel que, como Eichmann, actúa bajo un velo que le impide discernir la bondad o maldad de lo que hace.

4. Conclusión

Habiendo expuesto ambas teorías, resulta importante señalar los principales puntos de choque entre una y otra. Así, se aprecia como Hannah Arendt defiende que es posible que, cualquier persona sometida a las presiones y a las reglas de una autoridad superior, pueda llegar a ejercer cualquier tipo de daño o tortura a otra si opera desde una ausencia de juicio crítico desde la que no es posible distinguir el bien o el mal; los regímenes totalitarios consiguen despojar a los individuos de su personalidad mediante mecanismos como el miedo o la educación dogmática. Esta situación constituye un caldo de cultivo perfecto para que el mal surja y se reproduzca de forma exponencial, extendiéndose a través de individuos que han sido reducidos a una mera pieza burocrática.

Sin embargo, Jean Amery considera que emplear el término de banalidad, en aquellos contextos en los que la violencia traspasa todas las líneas rojas, roza prácticamente la sátira. Según el autor, el verdugo no ejerce la violencia desde la ausencia de juicio moral, sino que su acto de tortura responde a una identificación previa con una estructura de poder a través de la cual se permite que el mal y la tortura operen, se extiendan y se protejan. De esta forma, no es posible hablar de banalidad, puesto que la decisión del verdugo es, como toda de esta clase, política; responde a una voluntad,

a un deseo de efectuar algo con lo que se siente apelado. Incluso se podría afirmar que la decisión de acceder a ese estado de ausencia de juicio, pese a que se haga desde el temor, no desliga al individuo de su responsabilidad moral y política.

Por último, me gustaría mencionar un planteamiento que defiende Amery y que creo es de gran relevancia; la reivindicación de permitir que determinadas heridas, cuando estas surgen de una tortura ininteligible, puedan y deban permanecer abiertas. Desde mi punto de vista, existen determinados sucesos, en muchas ocasiones padecidos por colectivos minoritarios y oprimidos, ante los que la mejor reparación posible supone mantener un diálogo abierto respecto a ellos; dar voz y representación a las víctimas de estos, restando así agencia a la narración hegemónica de la historia e impidiendo que esta olvide o tergiversar lo sucedido bajo el nombre de un perdón que resulta del todo insuficiente.

Bibliografía

- Arendt, H., (1963). *Eichmann en Jerusalén*. 2a ed. Barcelona, España: Debolsillo.
- Arendt, H., (1977). *La vida del espíritu*, Barcelona: Paidós.
- Amery, J. (1966) *Más allá de la culpa y la expiación*. Pre-Textos.
- Curbelo Mesa, C. M. (2022). *El Holocausto: enseñanza y memoria*.
<http://riull.ull.es/xmlui/handle/915/28036>.
- Sissi Cano Cabildo. (2004). Sentido arendtiano de la “banalidad del mal.” *Horizonte*, 3(5), 101–130.
- Estrada, M. A. (2013) “La normalidad como excepción: la banalidad del mal en la obra de Hannah Arendt”, *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 49(201). doi: 10.22201/fcpys.2448492xe.2007.201.42590.
- López, M. (2010) “Arendt, Eichmann y la banalidad del mal”, *Arbor*, 186(742), pp. 287–292. doi: 10.3989/arbor.2010.742n1108.
- Soriano, R. I. R. (2020). Cuando el resentimiento se vuelve un imperativo ético. *Reflexiones en torno a Jean Améry*. *Sincronía*, 77, 114–144. <https://www.redalyc.org/journal/5138/513862147006/html/>.